

CRONICA CULTURAL

De siempre ha sido el verano arco tendido entre el quehacer del curso que se va y el curso que se viene. Naturalmente que esto ha de entenderse con la debida relatividad: ahí estarían, si no, para desmentirme las Universidades estivales de Jaca, La Rábida y "M. y Pelayo", de Santander, o una labor periférica de la que puede ser brillante exponente esa quincena musical donostiarra que ya viene adquiriendo carácter de gozosa periodicidad; pero en lo esencial, la consideración de los meses pasados como puente de reposo la creo cierta; y oportuna la consagración de ese tiempo a meditar sobre lo que nos deparó la primavera pasada y lo que anuncia el otoño presente.

De que el período-puente ha pasado es prueba cabal la reaparición de las mismas polémicas que se nos fueron con la primavera: el teatro y su crisis, la crítica y su crisis, los grupitos literarios, tal cual poeta, tal cual escritor... o escritora, pues que en este caso el bulle bulle lo ha motivado la discutida autora de *Nada*; también fastos como la reapertura del Español, que se despidió con la *Antígona*, de Sófocles, y reapareció con *La discreta enamorada*, de Lope; la Semana de Teología, celebrada en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas; la Exposición Nacional de Artes y Oficios, y la celebración de la misa del Espíritu Santo con que la Universidad Central abrió sus puertas al nuevo curso. Se celebra el tricentenario de Quevedo; apenas retiradas del Palacio de Exposiciones del Retiro las cerámicas y los repujados de los muchachos de Artes y Oficios, comenzaron los preparativos para el Salón de Otoño. Podemos considerar a esto que llamamos mundo cultural definitivamente em-

barcado en una nueva singladura. No será tiempo perdido el que nos ocupe registrar su rumbo probable, tal como pueda escrutarse por la dirección a que apuntaron los dos acontecimientos culturales más importantes antes del verano: Feria del Libro y Exposición Nacional de Bellas Artes.

LIBROS Y LECTORES

Aunque la Feria del Libro, ¿es índice de algo? Sé yo de una cierta Feria, de libros también, sólo que sin los pulcros *stands* y las banderolas flamantes de la otra, que sí que es índice, para mí, de lo que vale una capital en punto a depararle a uno solaces como los de la paciente búsqueda de la ganga, y el hallazgo venturoso, y el regateo, y aun el del libro absurdo jubilosamente atisbado y cuya sobrecogedora inutilidad se impondrá apenas adquirido. Está esa Feria que digo nada más salir de la Estación del Mediodía, a mano derecha, cuesta de Claudio Moyano, al resguardo de toldos en tiempo de verano, buscando, friolera, la caricia de un sol tibio, que sólo allí puede encontrarse, en las cortantes mañanas de invierno. Pero estas otras Ferias acicaladas de Recoletos, ¿para qué sirven? ¿Ejercen, por ejemplo, influjo apreciable en la producción cultural? A la pregunta, formulada por alguna revista, sólo uno de los interrogados contestó con algo más que púdicos gestos de escándalo, esto es, afirmativamente. Pero lo cierto es que ese influjo, de darse, ha de ser muy indirecta, ya que no está ahí la finalidad de tales certámenes. Sí en exponer el balance de un año, balance esta vez harto incompleto, pues si en las noventa y dos casetas tuvieron representación hasta libros argentinos y portugueses, casi todas las editoriales barcelonesas se abstuvieron. Sí, sobre todo, en poner el libro ante el indiferente o el enemigo declarado, saliéndole al encuentro y haciéndole, así, perder terreno. Y la realidad es que, en este aspecto, no sólo el aumento de venta (casi doble que el año anterior) reveló el terreno conquistado; también la índole de las publicaciones demostró un satisfactorio refinamiento de los gustos. De los 4.688 nombres del catálogo, la literatura, es claro, se llevó el primer puesto,

con 1.250 nombres; pero no es de despreciar que el segundo lo ocuparan las materias jurídicas y sociales, el tercero las históricas (aunque saturadas, por supuesto, de las normalmente tóxicas biografías al uso) y el cuarto las científicas, ni que de religión y filosofía pudieran repasarse casi seiscientas fichas, y sólo de filología se expusieran noventa y tres obras.

LAS LETRAS Y SUS POLEMICAS

¿No es lo últimamente apuntado índice del renacer científico al que tan insistentemente me he referido en estas páginas? Índice es también la constante renovación de las Academias. Resultaron elegidos para la de Jurisprudencia el decano de Filosofía y Letras de la Central, D. Eloy Bullón, y D. Agustín González de Amezúa; para la de Bellas Artes, D. José Ferrándiz; para la de Ciencias, D. José María Otero Navascués y D. Juan Marcilla Arrazola; para la de Medicina, el doctor Vallejo de Simón, y para la Española, monsieur Maurice Legendre, como correspondiente, y D. Félix Llanos y Torriglia, Dámaso Alonso, el almirante Estrada y Wenceslao Fernández Flórez, como académicos de número; basta la consideración de tales nombres para corroborar lo antes afirmado. Por concretarnos a la Real Academia, recuérdese de Maurice Legendre lo que su *Semblanza de España* significó tras tanto y tanto *pittoresquisme* como nos ha agobiado; de Llanos y Torriglia su labor histórica, de los restantes... D'Ors afirmó de Dámaso Alonso que él llevará a la Academia la estilística, la consideración del valor de la forma, y ciertamente que así puede esperarse del antiguo lector y conferenciante de Cambridge, Oxford, Stanford y California, luego catedrático de Filología románica en la Universidad de Madrid, y en todo tiempo altísimo poeta que, con la publicación de las *Soledades*, en 1927, avivó aquel renacimiento gongorino cuyas huellas son aún evidentes en nuestra poesía. En cuanto al almirante Estrada, cuyo ingreso, como el de Fernández Flórez, ya tuvo lugar, con él ha entrado en la Casa una primerísima figura en Astronomía, Náutica e Hidrografía; también un autor de biografías como la de Oquendo;

además, un marino. Y con Fernández Flórez, lo que él mismo dijo en su discurso de ingreso: el humor. Entendámonos bien: no la sátira desgarrada a lo Quevedo, que ésa es flor frecuente en nuestras letras, sino el humorismo a lo Cervantes, que si cuenta con Cervantes, no puede recabar muchos más nombres en nuestra literatura. Uno de ellos, para gloria suya y nuestra, es el de este gallego que, por serlo, tiene, además, no poco de lirismo atlántico en las venas, y que, por lo uno y por lo otro, ha venido a ser uno de los primeros novelistas españoles.

Pero con esto hemos desembocado en plena literatura. Y en plena polémica literaria. Porque Dámaso Alonso o Fernández Flórez son literatura, sin duda; pero con respecto a ellos no hay problema, como no lo hay con relación a los otros valores consagrados, y, por suerte, aun harto fecundos, con que contamos. ¿Pero y los nuevos valores? ¿Son, en realidad, valores? La duda se insinuó en mi anterior crónica, y he aquí que después contribuyó a alimentarla determinada encuesta sobre la decadencia de la invención literaria, en la cual, si un Marquerie o un Cela se pronunciaron en contra, un Zunzunegui o un Joaquín Calvo Sotelo coincidieron en el melancólico asentimiento. Pero no es tal la duda que me impida formular reparos a ese asentimiento. Ciertamente, con un Zunzunegui, que más que poetas, novelistas o ensayistas, caracterizan este momento los investigadores con talento literario (él cita a Emilio García Gómez, Dámaso Alonso, Angel Valbuena, Camón Aznar, J. A. Tamayo, Lapesa, Entrambasaguas, Correa Calderón, A. Tovar, G. Díaz Plaja...); cierto, con Calvo Sotelo, que aun es pronto para que se consoliden los nuevos valores. Pero entonces, ¿no será más correcto hablar, como hace Cela, de momento inicial, esto es, precisamente lo contrario de decadente? Es notoria, en efecto, la aparición, en todos los campos a que se refería la encuesta aludida, de auténticas figuras, suficientes para acallar cualquier duda..., si no fuera por referirse ésta, más bien que a la existencia de promesas, a la realización de tales promesas o, más aun, al acierto en la dirección emprendida.

En efecto, y por lo que concierne a lo primero, ¿es que ese principio, que se ha pretendido presentar, con una impacien-

cia juvenil muy de postguerra, como cosa lograda, con la consiguiente subestimación por parte de la crítica, pasará de principio? Y por lo que afecta a la segunda cuestión, ¿es que, dado el blanco al que apunta, no caben hartos recelos ante ese principio? A muchos nos sobrecoge algún temor cuando consideramos la serie de circunstancias que laboran en contra de los presentes inicios. A la impaciencia dicha se ha unido un eclipse de crítica que ha permitido una lamentable confusión de lo malo o lo insuficiente con lo bueno o lo mediocre, sin sombra de discriminación; y por si fuera poco, se ha desarrollado un gusto por la *réclame*, del que, a decir verdad, no espero demasiado. Sí, ya sé que el *épater les bourgeois* es cosa accesoria al mérito o al demérito; que con su chaleco rojo Gautier fué un excelente prosista, como "Azorín" con su monóculo y su paraguas, pese a los cuales otro que "Azorín" o que Gautier no habría pasado de extravagante particular; pero temo, por lo paralizadora, esa vida del *homme de lettres* (la etiqueta se ha desenterrado a propósito de los componentes de nuestros grupitos literarios), esas secciones dedicadas a contarnos lo que nada nos importa de quienes hacen novelas o versos o, más generalmente, prometen escribirlos sin cumplir su promesa jamás. Mas, en fin, demos por salvadas tales dificultades; aun queda la superior. Que ese arte, en efecto, aunque madure, traiga el mensaje que debe traer, es otro cantar, y otro cantar donde queda ancho margen para todas las aprensiones. En fin, no es cosa de ir generalizando donde la excepción basta para doler. Y uno ha vuelto ha encontrar calurosas defensas del arte por el arte, que en tiempos de Gautier o de Wilde eran ya viejas. Es claro; ahí está una larga teoría de nombres: Céline, Hemingway, Mann, Huxley, Joyce... Podría haberse añadido media docena de *films* de estos a la moda, también naturalistas, también melodramáticos, también morbosos y, además, más falsos que la más convencional decoración zarzuelera. Pero son argumentos que a mí, al menos, no me convencen. Porque uno es rancio y piensa con Milton que el arte es medio de mostrar las vías del Señor. Cosa que, naturalmente, nada tiene que ver con el arte con *moraleja*; pero que creo puede decirse, y debe decirse,

en España y en 1945. Como único medio, además, de salvar el propio arte.

LA ÚLTIMA EXPOSICIÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES

Algo muy semejante ocurre con la pintura. Aun recuerdo mi última visita a la Exposición Nacional de Bellas Artes. Contemplé las cuatro obras presentadas por Solana. Después, enfrente, *La consagración de los mártires*, de Aguiar, "uno de los lienzos más considerables de la pintura europea", se ha dicho. Repasé alguna obra no muy distanciada de éstas. Después, el resto de la Exposición. No he de negar que me sentí aliviado cuando, más tarde, encontré ratificada por la crítica mi propia impresión. Sabiduría formal; desorientación intencional.

De la Exposición en Bellas Artes de los maestros premiados dedujo alguien la lección de equilibrio que nuestra pintura, enamorada del color y de la forma, daba, "como si el Pirineo hubiera separado la contingencia artística española del tumultuoso ir y venir de las demás formaciones pictóricas contemporáneas". Ese amor a la forma (logrado o no) se dió en la Nacional, alejada casi por unanimidad de cualquier clase de ignorante extravagancia en el pintor. El constituyó, para mí, lo placentero de la Exposición, pues lo es, a mi juicio, cuanto nos aleje del arte deshumanizado de *snoobs* y pedantes en que ha estado a punto de naufragar nuestro ser. Pero es que no me parece que en la Exposición se pasara de la forma. Y eso, a mi modo de ver también, es triste. Ya constituía un síntoma la ausencia de temas religiosos, en los que los pintores catalanes habían logrado últimamente cierto número de bellas producciones; pero aun fuera de ese motivo, cabe espíritu, y yo no lo encontré. En Solana, en Aguiar, sí, en cambio; hay en ellos un mensaje. Pero en la mayoría de los expositores, no. Y es el caso que, sin mensaje, el pintor, por mucha que sea su perfección artesana, estará siempre al borde del academicismo. Claro que con sólo citar la palabra a muchos se les irán los pensamientos a otros campos de la cultura; y es que se trata de algo que, en efecto, rebasa la órbita de la pin-

tura. Para evitar ese fallo se habla ahora por algunos de neorromanticismo. ¿Por qué esa muletilla que periódicamente se airea? No es otro extremo lo que remedia el mal. Digamos sólo que es menester sensibilidad. "Materialismo pesado y exangüe", "falta de mordiente espiritual", "química imitativa", arte como "sucedáneo de la naturaleza", falta de "pasión, raíz humana, desasosiego profundo", necesidad de que "aprendan la emoción de la poesía quienes quieran descubrir el mundo de las formas"... Me sería fácil prolongar la reproducción de juicios semejantes sobre los jóvenes pintores. Buen paso es, en éstos, haberse emancipado de todo intelectualismo deshumanizado; por eso puede decirse que nuestra pintura asciende. Malo si a ese paso no sigue otro que espiritualice la forma así rescatada.

SOLANA

Pero Solana no era sólo forma.

Cuando una de mis visitas a la Nacional, un crespón negro enlutaba el cuadro de *Los ermitaños*. Aquella madrugada había fallecido su autor. El mismo día en que se nos comunicaba su muerte daba la prensa la noticia del fallecimiento del compositor Larregla, bien conocido por sus jotas navarras, por eso tan españolas. No ha sido el españolismo lo que ha faltado en la obra de Solana, pintor del que estoy por afirmar que sólo en España hubiera sido posible. En él ha distinguido Eugenio d'Ors una primera etapa de literatura (aquella en la cual sus cuadros son sólo *carácter*) y otra de color, por el estilo, dice, de Nonell, de Rosales, del propio Tintoretto. También podrían distinguirse dos Solanas: el que ha espantado a muchas gentes —y no ya de la calle— con su pintura agria y estridente, y el que acertaron a descubrir quienes no se contentaron con eso. Honradamente he de confesar que, en cuanto a pintura, no van por ahí mis preferencias. Pero el que tampoco vayan por los caminos del Greco o de Goya no merma un adarme de admiración. En el hombre que pintó para la cripta de Pombo la tertulia de Ramón Gómez de la Serna, había —como en la misma botillería— sobra de literatura, a mi juicio, como

en el Greco o en Goya; había también una maravillosa personalidad. Y una fortísima españolidad.

Tampoco viene aquí a cuento si lo español es sólo eso. Como hay una España del xvi fuera de los cuadros del Greco —y, a mi manera de ver, la esencial—, España no es sólo lo que hay en la obra de Solana (ni en su obra pictórica ni en su obra literaria, que la tuvo, y de valor). Con Solana se plantea una vez más el problema de la visión de España que nos dejó la tan asendereada generación del 98. A Dios gracias, nunca he tratado de negar la importancia de tal equipo intelectual, uno de los más prodigiosos que ha conocido la cultura española. Pero, a Dios gracias también, tampoco he dejado de afirmar en todo momento mi disconformidad con la visión de España que aquel equipo nos dejó. Por generación falta de visión histórica, como que era, dije alguna vez, generación puramente geográfica, no supo pasar del granito celtibérico y la tierra, del árbol y las escondidas determinaciones raciales. A propósito de aquella calificación de generación geográfica —a ellos se debe, en grandísima parte, el descubrimiento literario de las tierras de España—, hice notar, en efecto, cómo la escasez de referencias históricas en la obra de aquellos hombres se corresponde exactamente con una escasez semejante de referencias geográficas en la obra actual. Pero si ésta podía prescindir de la expresión de una geografía ya descubierta, y que, por eso, no podía por menos de tenerse en cuenta, aquélla, falta de la historia, no podía darnos sino una visión falsa. Falsa no por irreal, sino por parcial, pues que sólo tuvieron ojos para lo anormal y patológico, en general. Y yo creo, por mi parte, que más radica la personalidad de un pueblo o de un individuo en las claras alturas de la razón que en las tenebrosidades de lo infraconsciente. Infraconsciencia de España es, en pintura, la obra de un Zuloaga o de un Solana, como lo fué en su tiempo la de Goya o la del Greco; esto es, a mi juicio, visión de una España tan sólo, y no de la más real. Sólo que visión a través de unos temperamentos de un españolismo tan grande como grande fué la desorientación en el enfoque. La España negra de Solana no es, en efecto, una pura reproducción fotográfica de tal cual abismo humano, como pudiera serlo, verbigracia, la Francia de Zola. Por el contrario, allí el

artista se acerca a la repelente realidad por él buscada con una intención muy superior a la de reproducción, siquiera los medios sean extremados y retorcidos. Lo de menos en la obra de Solana es, en efecto, vista así, tal cual máscara siniestra, esta mujercuela o la de más allá, ese viejo en que el esqueleto reclama su parte bajo la piel amarillenta, o aquel carnaval macabro. Por debajo de todo danza la burla de todo. Alguien nos ha hecho saber estas palabras que el pintor pronunció un día: "no hay más verdad que una: la huesa". Tras la aparente artificialidad de sus cuadros, pintados, se ha dicho, con luz de gas, late esa terrible verdad, sentida a la española: trágicamente. Viven sus figuras en un aire de muerte. "Al rezar por él —he leído— nos parece como si en su lento caminar hacia el sepulcro, los restos de Solana fuesen dibujando el último cuadro que no pudo pintar."

Solana había nacido en Madrid en 1886. Primera medalla en la Exposición Nacional de Bellas Artes de 1922, medalla de honor en la Exposición de Barcelona de 1944, medalla de oro 1943 en el Círculo de Bellas Artes, medalla de honor en la última Exposición Nacional, gran parte de su obra queda en los Museos de Brooklyn, Boston, Oslo, París, Berlín y Buenos Aires. Fué para muchos el primer pintor contemporáneo. Fué, desde luego, un pintor español. Por independiente, por viril y por profundo. Otro español, Unamuno, se preguntaba insistentemente ante tal poeta, ante tal filósofo, no por el poeta o por el filósofo, sino por el hombre. Es la pregunta española. Nada se nos da del gran artista si no es a la par un hombre. Porque Solana lo era supo fundirse con su arte y darnos una obra viva, y por eso profunda. Gran lección.

DON FELIPE CLEMENTE DE DIEGO

Humana fué también en todo momento, humana y, por eso, entrañable, otra primera figura —de campo bien diverso— que nos ha abandonado en estos meses, conocedores también de las muertes del Padre Barbado y de D. Adolfo Pons y Umbert; me refiero a quien fué Presidente del Tribunal Supremo, D. Felipe Clemente de Diego.

De él tuve ocasión de hablar en la primera de estas crónicas. Contaba D. Felipe setenta y nueve años. Desde 1938 era Presidente del Tribunal Supremo de Justicia; desde 1936, de la Real Academia de Jurisprudencia. Fué catedrático de Derecho romano en las Universidades de Santiago y Granada, y de Derecho civil en las de Valladolid, Barcelona y Madrid, aquí desde 1906. Yo le recuerdo de treinta años después. Era el curso en que debía jubilarse, y por eso los estudiantes esperaban alborozados que aun se acentuara la tradicional tolerancia; una tolerancia que buena falta hacía, porque, a decir verdad, no estaban los tiempos por aquel entonces como para consumirlos en desentrañar los misterios de las capitulaciones matrimoniales o la madeja enmarañada de la legítima viudal. Luego, con ocasión de su muerte, leí en los periódicos que era uno de nuestros primeros civilistas, que su Derecho civil formó escuela junto al Sánchez Román o al Valverde, por no salirme de nuestra Patria ni de su tiempo. Pero eso ya lo sabíamos. Precisamente porque él sabía mucho, mucho, creo que fué capaz de escuchar, año tras año, con aquella su inagotable paciencia, a tanto y tanto estudiante que no sabía nada, nada, nada.

En la presidencia del Supremo, vacante por la muerte del viejo catedrático, se sienta ahora otro profesor de Derecho civil, cuyo nombre también ha aparecido en estas columnas: D. José Castán Tobeñas. Magistrado del Supremo desde 1932, profesó con anterioridad su disciplina en las Universidades de Murcia, Barcelona y Valencia. Pero él ha tenido muchos más discípulos de los que, desde 1918, fecha en que ganó la primera cátedra, pudieron desfilarse ante él. Civilista de los primeros, sobre su *Derecho civil*, de incontables ediciones, se han inclinado más cabezas de estudiantes y opositores que sobre cualquier otro texto jurídico redactado en castellano; disciplinado, ya se ve, esparcido por la ancha tierra de España, transmitido además escrupulosamente de padres a hijos, a lo largo de generaciones de notarios, jueces o registradores, junto al cual el que lo fué directamente resulta harto exiguo para considerarle siquiera.

EL INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS JURÍDICOS;
LA LEY DE EDUCACIÓN PRIMARIA

Que los estudios jurídicos, de duelo por la pérdida de Clemente de Diego, logren fecundo incremento, lo esperamos de la creación del Instituto Nacional de Estudios Jurídicos, que, con sus doce Secciones, centralizará una función investigadora y codificadora hasta ahora dispersa en pluralidad de organismos. Que la cultura, en general, pueda felicitar-se, es de esperar de la nueva Ley de Educación Primaria, aprobada por las Cortes ya pasado el dintel del verano.

No es cosa de esbozar aquí siquiera el estudio de una disposición a la que, por lo demás, no he de referirme únicamente ahora. Dígase sólo que, por ella, la proporción anterior de una escuela por cada quinientos españoles se trueca en la de una escuela para cada doscientos cincuenta habitantes; que, como consecuencia de la eficaz cooperación del Estado con los elementos sociales interesados —Iglesia, corporaciones provinciales y locales, empresas—, la acción del maestro, e incluso la asistencia en alimentos y vestidos complementaria de la docente, alcanzará a los más escondidos núcleos rurales, y que la propia condición del maestro, económica y social, ha sido debidamente atendida; pero dígase también que hay en la nueva disposición algo más. Con motivo de otra ley, pareja con ésta, la de Ordenación Universitaria, pudimos congratularnos por cuanto significaba: el intento de remontar la corriente de nuestra libre tradición universitaria, arrumbando como cachivache polvoriento el muerto arquetipo napoleónico de la Universidad estatal, fría, burocrática y ordenancista; la aspiración, también, de unas minorías vueltas al norte católico y español que de tiempo atrás venía menospreciándose. Por operar sobre objetivos más amplios —todo el pueblo español— la proyección de la ley de Educación Primaria es mucho más vasta; pero idéntica en finalidad. Se trata, dijo el ministro de Educación Nacional, de colocar la escuela, como antes la Universidad, al servicio de Dios y de España. Y puntualizó: se trata de seguir a la letra el pensamiento inmortal de Pío XI en la *Divini Illius*

Magistri, lo cual supondrá, además, empalmar con la tradición pedagógica de Lulio, Nebrija, Vives, San José de Calasanz y el Padre Manjón. Es, por supuesto, la ley, un paso más contra el analfabetismo. Sólo que un paso dado, no en nombre de idolátricas culturas laicas, exóticas en esta tierra, sino en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo,

LAS NUEVAS FACULTADES

Y es que en esa triple invocación descansa nuestra cultura, como nuestro ser. Todo ser y toda cultura. Y también, es claro, toda resurrección cultural.

Que estos tiempos están harto necesitados de una resurrección de tal índole, es obvio. Como también que se desespera de ello. Pero, ¿por qué? Lo que las minorías de los siglos v, vi ó vii lograron, aunque ellas mismas desesperaban de lograrlo —la salvación de la cultura—, ¿estará vedado a las actuales? Tienen que conseguirlo éstas también. Si ellas no evangelizan, de nada valdrán a la larga cualquier clase de medidas defensivas de índole externa. Mas para eso es preciso que se sientan portadoras de un mensaje vivo, por el cual vivan. Todo arte deshumanizado o académico empieza por faltar a ese imperativo; lo mismo todo arte por el arte. En quienes los cultivan, la cultura es puro juego desinteresado, flor de invernadero para el placer propio o, cuando más, de una *élite* de entendidos. Pero frente a ese tipo de exquisitos (los de “a la minoría siempre”) uno prefiere el Bécquer que hace llorar a las muchachitas quinceañeras, o hasta esos poetas *ad usum* de mecanógrafas a quienes alguien ha aludido despectivamente. Y, sin embargo, son necesarios; es claro que las mecanógrafas pueden preferir solemnes mamarrachadas, y no voy a defenderlas entonces en sus gustos, pero sí quiero decir que, sin embargo, no hay gran artista, lo que se dice gran artista, si no acierta a conmover aun a las muchachas del servicio doméstico.

Claro que eso puedo decirlo porque de puro utilitario he llegado a creerme que el arte no tiene su fin en sí. Pero es

que son bastantes los que han llegado a la misma conclusión y opinan que el arte sólo se justifica como vehículo de un mensaje espiritual que infunda savia nueva a esta sociedad fatigada. Con ese mismo mensaje el hombre pagano sufrió la metamorfosis de la que se originó el hombre cristiano; lo que se creyó fin del mundo resultó que era sólo fin de un mundo. No es tan difícil la empresa hoy, en que el hombre es aún cristiano naturalmente, y ha de vivir, frecuentemente a pesar suyo, dentro de las normas y los modos de pensar cristianos; pero es preciso acometerla.

¿Qué se ha hecho en ese respecto en España? Es consolador que también nuestra ciencia haya creído salvable la cultura y se haya puesto a la tarea precisa: inventariar todo lo elaborado y procurar librarlo de la pérdida infundiéndole la unidad de las *Sumas* que se nos desperdigó en centrifugas Enciclopedias. Ahora el Primado de España, doctor Plá y Deniel, ha invitado a nuestros hermanos de América a conocer la realidad de nuestra vida y a valorar nuestra cultura. En efecto, sólo el empeño a que he aludido bastaría para calificarnos de cultura, pues siempre lo será más una mínima cultura unitaria que una desmesurada cultura babélica; pero es que, además, lo ya logrado y lo por conseguir es mucho más que una mera labor de síntesis, siquiera la orientación hacia una base religiosa sea lo más interesante del actual movimiento científico español. Reciente está todavía la inauguración en la Ciudad Universitaria madrileña de tres nuevos edificios: los de la Facultad de Ciencias Exactas y Escuelas de Odontología e Ingenieros y Montes. Hace dos años se abrieron en el mismo lugar las Facultades de Filosofía y Letras, Ciencias Químicas y Farmacia, las Escuelas de Arquitectura e Ingenieros Agrónomos y el Colegio Mayor Ximénez de Cisneros. Si se considera que durante tres largos años esos campos constituyeron frente de guerra podrá comprenderse qué suma de esfuerzo ha sido precisa para alzar estos edificios sobre lo que hace un lustro no pasaba de helado paisaje lunar. Y, sin embargo, hay una resurrección aun más prodigiosa que la representada por ese cobrar nueva vida de la Ciudad Universitaria madrileña o, saliéndose de la capital de España, por los actos de idéntico

significado que han tenido lugar en Zaragoza: una resurrección que, de igual manera, pudiera justamente calificarse más propiamente de innovación: aludo a la aparición de un tipo inédito de estudiante, del que ciertamente puede esperar no poco esa cultura española, cuya cifra actual bien pudiera estar en la oración de Eugenio Montes: "Lo cierto es esto, que creer es crear. Creemos, Señor. A nuestra creación ayuda."

ZULOAGA

Salvado ya casi el margen cronológico de esta crónica, el 31 de octubre, ha muerto Ignacio Zuloaga. Ayer, Solana; hoy, Zuloaga. La asociación de los dos nombres resulta inevitable; lo mismo la asociación del comentario. Cuanto más arriba dije sobre el autor de *Los ermitaños*, ¿no podría repetirse, punto por punto, de Zuloaga? Con esta diferencia: que con respecto al segundo las observaciones allí formuladas resultarán aún más directamente apuntadas a su objetivo. En efecto, si Solana pudo ser un heredero de la visión del 98, Zuloaga fué esa misma visión. "La generación del 98 —se escribió hace años en *Cruz y Raya*— es una generación de turistas que trae su fotógrafo ramplón: Zuloaga." No; ni fotógrafo ni ramplón. Ni fotógrafo, que a pocos como él se ha reprochado el haberse creado una España, la suya, en lugar de trasladar al lienzo la España objetiva; ni ramplón, término inaceptable tratando de uno de los más altos pintores que esta tierra de pintores ha producido. "Puntal de España", se dijo de él, en trance de compararle con el otro puntal, que sería Sorolla. En cualquier caso, puntales de calidad harto diferente —no digo aquí superior o inferior—. Lo que en el levantino fué desprecupado zambullirse en la corriente de su tiempo —impresionismo, luz, color, paganismo de los sentidos—, y, por consiguiente, hizo de su obra pura España de exportación —"L'Espagne, le pays du soleil", de todas las agencias turísticas del mundo—, trocóse en el vasco en enérgica reacción contra cuanto pudo aparecérsese por esas tierras de Dios. A Roma, París o Londres, este implacable realista opuso el pardo paisaje de Segovia; a cualquier modernismo, su vuelta a los clásicos co-

lores españoles —negros y ocre, pardos y rojos de la tierra castellana—, sus figuras ásperamente recortadas sobre cielos plomizos, su fortaleza plástica, casi, casi, de imaginero; en suma, su voluntad. En este pueblo “que quiso demasiado”, al decir de Nietzsche, Zuloaga viene así a presentársenos como entrañablemente nuestro. Aunque en realidad, ¿no podría decirse lo mismo de todo el 98?

El carácter de esa generación —na apuntado D’Ors— está en eso: en tener carácter, mucho carácter. Lo que ya empieza a faltar en los que la siguen, menos aquejados, sin duda, de teatralería, pero también más cenicientos y apagados. Y, por eso, menos españoles. En Solana mismo, la enseñanza, tan castiza, de su obra, llega a nosotros por el conducto de un vehículo expresivo donde ya se trasluce, quizá a través de Gómez de la Serna, mucho de Europa y de siglo xx. Los del 98, en cambio, con ser tan siglo xix —en el caso de Zuloaga, tan apegados a “l’Espagne” de un Merimée, un Dumas o un Gautier—, no se nos aparecen tan impregnados de su contemporaneidad como de españolidad. Así puede decirse de ellos lo que uno de ellos, Unamuno, dijo de Zuloaga: que se aprende en su obra “lo mucho que tenemos de lo que queda y lo poco de lo que pasa”, y ello por tratarse de una obra no sólo castiza en el procedimiento, sino todavía más en el henchirse y aun superhenchirse de problemas.

Sólo que esos problemas, Zuloaga —fiel al mandato de su tiempo— no los resolvió tanto al modo clásico, realista y objetivo, sino al extremado de Greco, el hereje, o Goya, el brujo. En Velázquez hay también enanos, se decía en defensa de Zuloaga. Sí, pero en Velázquez hay además Bredas, y esto —la sonrisa noble, el ademán leve y elegante— no acertaron a verlo pupilas archirrománticas en más de un aspecto herederas directas de las que descubrieron a Quasimodo o a Margarita Gautier, quiero decir, la belleza de lo extravagante y deforme, física o moralmente, del bobo o la prostituta. Ciertamente, el nuestro ha sido siempre país de contrastes y en cierto modo, de puro extremado, trágico, pero ni eso autoriza a identificarlo con un extremo ni mucho menos a tirar del extremo elegido hasta trocarlo en sombra agorera y fantasmal. El 98 elevó hasta las nubes los muros y cerró los ojos

al jardín interior; así nació esa España suya que con acierto ha calificado D'Ors de "pandereta patéticamente enlutada"; no por infinitamente superior a la anterior, la zarzuelera, la de mantones de flecos, pañuelos de seda y pantalones abotinados, mucho menos ficticia. Sólo que —fuerza será repetir lo apuntado a propósito de Solana— ficticia en cuanto a la composición, no en cuanto a la materia prima de unos datos prodigiosamente captados; este tipo, este retrato, estas murallas... Claro es que para Zuloaga, escribió Rusiñol, no existía la sonrisa; reía a carcajadas o cruzaba el entrecejo. Quizá eso lo explique todo. Tampoco Unamuno logró hallar la fórmula que abrazara fe y razón, y hubo de quedarse por eso con uno de los extremos, para descoyuntarlo de puro abrazarse a él. Sería preciso un equipo de figuras de talla pareja que, quizá exorbitando la cosa por el otro lado, restableciera el equilibrio. Pero esas figuras... De darse, ello nos devolvería una visión total de España. Lo que no nos devolvería es figuras como ésta que hemos perdido. Pues fuera cual fuere la entraña de su general mensaje; ni cabe olvidar cuántas veces halló en Zuloaga limpio reflejo, aun más que España, el español, ni cómo, allende las determinaciones raciales, supo el pintor acercarnos a la entraña del hombre sin adjetivos, ni mucho menos cómo a distancia de siglos su nombre seguirá erguido en el horizonte de nuestra pintura. "Alto, robusto, cuadrado". Como quien lo llevó.

JOSÉ MARÍA GARCÍA ESCUDERO.

RECENSIONES

